

por su dulzura, su humildad y su contrición. Fué para san Efrén un motivo de grande aflixión verse separado de un compañero tan ilustre : pues ambos estaban unidos con una amistad la más estrecha, con esa amistad que tiene por vínculo el mérito de la santidad, y que justifica las lágrimas que produce la separación. Como san Efrén se hallaba en Nisibis en la época en que Sapor puso cerco á esta ciudad, en el año 350, es de suponer que san Juliano muriese en este tiempo ó poco ántes. No podemos dar una garantía más segura de la santidad de su vida, que un historiador tan piadoso y sincero como san Efrén, que le conoció y trató hasta la muerte. Su fiesta se halla asignada en el Martirologio el 9 de Junio.

---

#### SAN EFREN<sup>1</sup>

Edesa<sup>1</sup> se distinguía entre todas las ciudades de Oriente por la piedad de sus habitantes y por los santos solitarios que florecieron en su territorio, tales como san Efrén, de quién vamos á tratar, san Bases, san Eulogio, san Afraates, san Juliano, llamado también Sabas, y tantos otros eminentes en virtud. San Isidoro de Sevilla cree que esta ciudad fué fundada por Nemrod, y que en un principio llevó el nombre de Jara ó Arach, como dice san Jerónimo. Recibió el nombre de Edesa, cuando fué reedificada por Seleuco, primer rey de Siria, en memoria de

<sup>1</sup> Obras de san Efrén, san Gregorio de Nisa, *Vita*, PP. Teodoreto, Focio, Tillemont, Cotelier, Bulteau y los Bolandistas.

<sup>2</sup> Hoy Orfa.

una ciudad del mismo nombre en Macedonia. Fué la capital de Osroene, y tuvo durante mucho tiempo sus reyes, que se llamaron príncipes de Édesa ó de Osroene, y que tomaban el nombre de Angaro ó Abgan, que significa *el Grande*. El segundo de este nombre reinaba en tiempo de Jesucristo, y Eusebio le llama poderosísimo príncipe de las naciones situadas al lado allá del Eúfrates. Dice que éste escribió una carta á nuestro señor Jesucristo, que le fué contestada por el Salvador, y en cuya contestación le prometia enviarle á uno de sus discípulos para que le curase sus males, y le diese la vida á él y á los suyos. Así consta en los archivos públicos de Édesa. En efecto, despues de la Ascensión del Salvador, santo Tomás envió á dicha ciudad á Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos, el cual curó á este príncipe, hizo muchos milagros, é instruyó á sus habitantes en los misterios de la fé.

Si hay alguna cosa que pueda probar este aserto de Eusebio, en que no convienen todos los sabios, es que esta ciudad puede contarse entre las primeras que abrazaron el cristianismo. Sus habitantes se distinguieron por su celo y su constancia en las persecuciones. San Juan Crisóstomo dice que, en tiempo del emperador Diocleciano, se retiraron á ella algunas santas mujeres de Antioquia, como lugar más seguro. Habiendo pasado el emperador Juliano el Eúfrates para ir á la Persia, rehuzó entrar en esta ciudad, y la dejó á un lado, pretestando que era muy cristiana, y en tiempo de la persecución de Valerio, emperador ariano, se contaron en ella tantos confesores de la divinidad de Jesucristo, como habitantes habia en ella.

Pero lo que más ennoblece á esta ciudad, que Rufino llama la más fiel entre los pueblos, es haber servido durante muchos años de teatro al celo y piedad del célebre san Efren. Muy bién podemos llamarle así en vista de

los magníficos elogios que de él hicieron todos cuantos le conocian, y aún puede añadirse, que en todo el mundo ha merecido este calificativo, pues á todas partes ha llegado el buén olor de sus virtudes.

No recibió ningún honor de su familia, si hemos de juzgar según las máximas del siglo; pues él mismo dice que sus antepasados eran extranjeros, que vinieron á Nisibis en Mesopotamia, en donde tuvo lugar su nacimiento, y que vivieron del trabajo manual y de las limosnas que se les hacian. Sus abuelos adelantaron algo más, pues cultivaban un campo, y sus padres, sin salir de la misma humilde condición, poseyeron algunas tierras en las inmediaciones de la ciudad. Pero en esta misma condición, que no ofrecia título alguno de nobleza á los ojos del mundo, tenian uno que les distinguia á los ojos de Dios, y es estar unidos con los vínculos de la sangre á muchos mártires, y aún haber confesado ellos mismos el nombre de Jesucristo ante los jueces, en la persecución de Diocleciano.

De estos padres tan ilustres por su religión nació san Efrén, en el reinado del gran Constantino, ó un poco ántes. Si en su casa no encontró los perecederos tesoros de la tierra, pudo en ella enriquecerse con los del cielo, por las instrucciones y ejemplos de piedad que le dieron aquellos de quienes recibió la vida. Encontraba también en sus vecinos motivos de edificación, y los relatos que se le hacian de los tormentos que habian tenido que sufrir durante la persecución, y cuya memoria aún estaba muy reciente, no podian ménos de animarle y sostenerle en la piedad, así como las máximas de la sagrada Escritura, con que procuraron sus padres formar su espíritu.

Sin embargo, en la confesión que hace de las faltas de su juventud, se acusa de los efectos que tenia entónces, cuales eran ser querellador y envidioso, dispuesto á en-

colerizarse à todas horas por los más insignificantes motivos. Dice también que llegó à dudar de la Providencia, y casi à persuadirse de que los sucesos de la vida acaecian por casualidad. Deplora una acción que atribuye à su malicia, y por la que Dios no tardó en castigarle, para hacerle conocer que nada escapa à su sabiduría y à su justicia.

« Me enviaron un dia, dice, mis padres, cuando aún era yo muy jóven, al campo. Al pasar por la selva, ví una vaca embarazada y próxima à dar à luz, que pacía tranquilamente. Tomé algunas piedras, y la perseguí largo tiempo, hasta que cayó desfallecida, y murió. De modo que las fieras la devoraron aquella noche. Poco despues encontré al pobre à quién pertenecía, el cual me preguntó si la habia visto, y yo le contesté con palabras injuriosas.

Tales fueron las faltas de su juventud, de que se acusaba en presencia de los religiosos, cuando abrazó la vida monástica, y que siempre deploró amargamente. Pero si se considera que habla de todos los estados de su vida, como de la de un grande pecador, y que dice tener motivos para temer más que ninguno otro la severidad de los juicios divinos, resultará que, aunque no fuese enteramente inocente, sobre todo en lo que hizo con la vaca, pueden atribuirse estas faltas à lijerezas de la juventud, y al gusto de ver correr una vaca, sin pensar en lo que habia de ocurrir, más bién que à malicia y deseo de hacerle daño.

Como quiera que sea, el Santo refiere à seguida la manera con que Dios le castigó, y como le hizo conocer que castiga à los hombres por los pecados que pueden ocultar à los demás, pero no à sus divinos ojos. En efecto, cerca de un mes despues de haber cometido esta falta, le enviaron sus padres à la casa de campo; sorprendiòle la noche, y un pastor le invitó à que la pasase con él; pero habiéndose embriagado este pastor, vinieron los

lobos, y dispersaron todo el rebaño. Los dueños de éste prendieron à Efrén y al pastor, y los llevaron ante el juez, acusándoles de haber cooperado con unos ladrones, para que robasen el rebaño. Tal vez así lo habia declarado el pastor para disculparse.

No obstante los juramentos con que Efrén protestaba de su inocencia, el juez lo mandó encarcelar juntamente con el pastor, pero incomunicados, para esclarecer la verdad. En la misma prisión habia otros dos reos, à quienes perseguía la justicia por varios crímenes, de que eran inocentes. Pero no lo eran de otros ocultos y que sòtamente Dios conocia: pues el uno de ellos habia dado por cincuenta escudos un falso testimonio contra una viuda jóven y muy piadosa, à quién se acusaba de mala conducta, para favorecer la avaricia de dos hermanos, que, por medio de esta calumnia, pretendian privarla de su legítima paterna. El otro vió à un hombre, que se, ahogaba, y lo dejó perecer, no obstante las voces con que le pedia auxilio.

Dios permitió que san Efrén se encontrase en la misma prisión con estos dos hombres, y con algunos otros que se hallaban en semejantes circunstancias, para convencerle con estos ejemplos de que nada escapa à su Providencia. Así pasó siete dias, y al octavo se le presentó en sueños un personaje de un aspecto severo, pero que con gran dulzura le preguntó el motivo, por el cual se hallaba en aquella prisión. Anegado en lágrimas, le manifestó la causa, y este personaje, que no podia ser otro que un ángel, le dijo sonriendo: « Es verdad que estás inocente del crimen de que te se acusa; pero recuerda lo que hiciste pocos dias ántes, y los pensamientos que tenias acerca de la Providencia. » Le manifestó también, que los que con él estaban no eran culpables de los crímenes que se le imputaban; pero que Dios queria castigarles por otros desconocidos à los jueces, y no ocultos à su divinos ojos.

Una vez despierto Efrén, recordó fácilmente la muerte que hizo sufrir a la vaca. Refirió el sueño á los otros, y estos no pudieron ménos de confesarle sus crímenes ocul-tos, todo lo cual le dió á conocer que no habia tenido un sueño ordinario, sino una instrucción que Dios le daba por el ministerio de un ángel, sobre la equidad de sus juicios. El mismo ángel se le apareció á la noche siguiente, y le dirigió estas palabras : « Mañana verás á los que te calumnian. » Estas palabras le entristecieron, por no saber lo que habia de ocurrirle. Los que con él estaban le preguntaron la causa de su tristeza, y cuando se la ma-nifestó, se llenaron también de temor sus corazones.

Al día siguiente el gobernador ocupó su tribunal, é hizo comparecer á Efrén y á los otros dos compañeros cargados de cadenas. Estos fueron sujetos al interrogatorio con algunos otros, entre los cuales se hallaban los hermanos de la viuda de que hemos hablado, y contra la cual habia dado falso testimonio uno de los reos. Efrén fué testigo de los tormentos á que se les sometió, y derramaba amar-gas lágrimas, esperando sufrir la misma suerte. Para mayor afflixió, los asistentes le increpaban, diciendo que no era tiempo de llorar, y que más valia que no hubiese cometido el crimen.

Sin embargo, nada se le hizo sufrir, y lo volvieron con los demás á la prisión. Como se esperaba la venida de un nuevo gobernador, tuvo que esperar dos meses el fallo de su causa. Entre tanto se le apareció nuevamente el ángel, diciéndole : « ¿ Reconoces, Efrén, que Dios gobierna el mundo, y que son equitativos sus juicios? — Sí, respon-dió llorando, lo reconozco ; pero puesto que me habeis hecho que lo reconozca, tened piedad de vuestro siervo, y sacadme de esta prisión, para que pueda hacerme monje, y consagrarme enteramente al servicio de mi señor Je-sucristo. — Serás sometido, le dijo, una sola vez al inter-

rogatorio, y en seguida te verás libre. » Efrén le manifestó que no se hallaba con valor para sostener las amenazas del juez, ni los tormentos del interrogatorio. Pero díjole el celestial espíritu, que si hubiese tenido cuidado de cumplir sus deberes, se veria libre de este castigo. Le consoló y ase-guró que el gobernador le pondria en libertad.

Al cabo de setenta dias, el gobernador hizo comparecer á los prisioneros y les aplicó la sentencia que habian me-recido. Efrén le fué presentado casi desnudo y cargado de cadenas ; pero el juez que era de su pais, y habia tratado á su familia, le reconoció al punto. Hubiera querido darle pruebas de su afecto ; pero como tenia que obrar con su-jeción á la ley, le interrogó é informó de la causa de su prisión. Despues fué interrogado el pastor, que tuvo que confesar la verdad, y de esta manera, reconocida la ino-cencia de Efrén, fué inmediatamente absuelto.

A la noche siguiente se le apareció el mismo ángel di-ciéndole. « Vuelve á tu casa ; haz penitencia de tu pecado, y no olvides que hay un ojo que todo lo vé. » Hizole ame-nazas terribles, y ésta fué la última vez que le habló. Todo esto lo referia el Santo á los religiosos con minuciosos de-talles, y Dios que le preparaba singulares gracias, y que le destinaba para llevar su palabra de salvación á los hombres, quiso con estos sucesos formar su espíritu sobre una profunda humildad, é imprimir en su corazón el temor de sns juicios, á fin de que viviese en la compunción, y que inspirase á los demás saludables sentimientos.

Para formar un juicio más exacto, expondremos las mismas palabras con que referia á los religiosos del monas-terio las circunstancias de su conversión. Lleno de affli-xión, dice, y anegados los ojos en lágrimas, he venido ; pero ¡ ay ! no sé si aún he satisfecho á la justicia divina. Pido, por lo tanto á todos el auxilio de sus oraciones, pues he hecho una profunda herida á mi alma. No me turban

las visiones que he tenido, sino los pensamientos que he escuchado. Un ángel apareció á Faraón, y le predijo lo que habia de ocurrirle; pero no se convirtió. Jesucristo dijo á los que profetizaron en su nombre: No os conozco, porque haceis obras de iniquidad. Yo sé que lo que he visto es verdad; yo mismo lo he experimentado, y por eso me atormenta la injuria que he hecho á Dios; No es, efectivamente, destruir la Divinidad el atribuir todas las cosas al acaso? Estoy seguro de mi falta, y de mi arrepentimiento; pero no lo estoy de haber apaciguado la cólera de Dios, ni de haber merecido su perdón.»

Volviendo á su historia, no difirió un momento ejecutar la órden que habia recibido y la promesa que habia hecho. En su consecuencia, se retiró á una montaña cerca de un anciano que vivia en soledad, y postrándose á sus pies, le refirió todo lo que le habia ocurrido, y consiguió quedar bajo su dirección. Como dicen los historiadores que vivió en una congregación de monjes con san Juliano, de quién hemos hablado en el capítulo precedente, no sabemos si el anciano á quién se dirigió era el superior de esta congregación, ó si pasó á ella despues de haber hecho sus primeros ensayos de la vida monástica. Lo cierto es que, habiendo abrazado la soledad desde su juventud, hizo tan rápidos progresos en todas las virtudes, que se le perdió, por decirlo así, de vista, en la perfección á que se elevó. No habia estudiado la filosofía humana; pero habia adquirido la de Dios. Se encerró en su soledad, para llegar, á favor del reposo y del recogimiento á la vida perfecta á que aspiraba con todo el afecto de su corazón. Llegó á un desprendimiento tan grande de las cosas del mundo, que, aún cuando su humildad le hacia hablar mal de sí mismo, pero como era tan sincero en sus palabras como humilde en sus sentimientos, pudo decir con toda verdad, como declaró á sus discípulos en la hora de su muerte, que jamás

tuvo bolsa, ni báculo, ni alforja, ni oro, ni plata, ni posesión alguna sobre la tierra, en lo cual practicaba el consejo de Jesucristo. Así es que su pobreza puede compararse con la de los apóstoles, y se le considera como un modelo perfecto de esta virtud.

A esta absoluta abnegación de todas las cosas unió el combate consigo mismo, mortificando su cuerpo con todo género de austeridades para someterlo á la razón, y domando con ayunos, vigiliass y otras obras de penitencia sus desordenados apetitos. Pasaba de ordinario muchos días sin comer: era muy enemigo del sueño, y no tomaba más que el estrictamente necesario para la vida, empleando para vencerlo todo aquello que podia inspirarle deseo ardiente de adelantar en la virtud. Para ello se acostaba sobre la desnuda tierra, y añadía otras mortificaciones. Se acusa en su confesión de no haberse aplicado al trabajo manual; pero esta confesión debe considerarse como un efecto de su humildad que le hacia exagerar sus más pequeñas faltas: pues si no se aplicó tanto como otros religiosos al trabajo, tampoco recibió de nadie su subsistencia, y en sus obras recomienda con encarecimiento este trabajo, de lo cual se deduce, que deseando inspirar á los demás su práctica, no se dispensó á sí mismo de ella.

Dios bendijo su penitencia con el don de castidad, con que le favoreció de una manera singular, pues se sabe que es un don que sólo puede venir de Él. Por su amor á esta virtud angélica fué comparado al patriarca José. Para conseguirla, vigilaba constantemente sobre sus sentidos, se apartaba de todas las ocasiones peligrosas. El demonio le suscitó muchas, como despues veremos; pero de todas ellas pudo librarse.

Et celo con que se consagró á vencerse á sí mismo le hizo enmendar todos los defectos que procedian de su carácter. Era naturalmente colérico, pero consiguió dominarse, y

se notó que, desde que se hizo solitario, no se dejó llevar de ningún acto de ira; al contrario, se distinguió por su dulzura y afabilidad. Sozomeno y la *Vida de los Padres de los desiertos* refieren el siguiente rasgo de moderación. Había ayunado durante muchos días, y como quisiese tomar algún alimento, se le cayó el plato, y lo derramó en el suelo. Viendo el Santo que el religioso que se lo traía, se había afligido mucho de esta acción involuntaria, le dijo para consolarle: No se aflija, hermano: puesto que la comida no viene á mí, yo iré á ella. Y sentándose junto al plato roto, comió con alegría todo lo que pudo recoger.

Pasaba un día por una ciudad, y queriendo algunas personas probar su virtud, dijeron á una muger de mala vida que lo llamase. Hízolo ésta de vergonzosamente con palabras poco decentes. Más el Santo, sin inmutarse, le respondió: « Seguidme. » Cuando estuvieron en un lugar muy concurrido, le hizo una conmovedora exhortación. La desgraciada muger se retiró llena de confusión, sin haber podido excitar en él el mas leve movimiento de ira.

Aún cuando practicaba todas las virtudes en un grado eminente, se distinguió por su profunda humildad. Toda su esperanza estaba en Dios, y era tan grande su confianza en su bondad, que todo lo hacía por su gloria. Huía de tal modo de la de los hombres, que toda alabanza que se le tributaba le afligía en extremo. San Gregorio Niseno que lo dice, asegura á este propósito, que, alabándole una persona en su presencia, fué tan grande la pena que experimentó, que se le mudó el color, bajó los ojos á tierra, y se llenó de tanta confusión, que corrió el sudor por todo su cuerpo. Dice también Sozomeno que, habiendo sido elegido obispo de una ciudad, que no nombra, y buscándosele para consagrarle, se fué á la plaza, dando vueltas cual un loco, desgarrando sus vestidos, y comiendo en medio de todo el mundo. Lo hizo con tanta propiedad, que los que

le habían elegido creyeron que había perdido efectivamente la razón. Cuando vió que le habían dejado solo, huyó y estuvo oculto hasta que otro fué consagrado.

Para convencerse más de esta profunda humildad, no hay más que leer sus obras, en las que nada omite para convencer á todo el mundo de que es un gran pecador, principalmente aquella en que hace su confesión y la historia de su conversión, en la cual detalla sus defectos y faltas, precisamente en el tiempo en que era honrado de todo el mundo, y en que había escrito mucho para el bien de las almas, como si por este medio hubiese querido destruir las ideas ventajosas que de él se había formado todo el mundo. En los mismos sentimientos perseveró hasta el fin de su vida, y su testamento, de que despues hablaremos, es una prueba no ménos evidente que edificante.

Efecto de esta misma humildad son los suspiros y lágrimas, cuyo don había recibido en tanta abundancia, que eran inagotables, y á este propósito dice San Gregorio Niseno: « No se puede hablar de sus lágrimas sin derramarlas. Eran tan ordinarias en él, como natural es á los hombres la respiración. Lloraba noche y día, sin que hubiera un solo momento en que no lo hiciera, fuera del escaso tiempo que daba al sueño. Unas veces lloraba los pecados de los hombres, y otras los suyos propios. Sus suspiros sucedían á sus lágrimas, ó más bien eran efecto de la abundancia de éstas. Formábase en él como una especie de círculo, en que sus suspiros le hacían derramar lágrimas, y las lágrimas excitaban sus suspiros: de modo que no podía discernirse cual era la causa y cual el efecto, porque se sucedían sin interrupción. »

« Pero persuadirse de esta verdad, dice san Gregorio, no hay más que leer sus obras: pues no sólo se reconoce este don precioso en lo que escribió para animar á los demás á regular sus costumbres y abrazar la penitencia,